

WILKIE COLLINS

Corazón y ciencia

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



Corazón y ciencia

Grandes Clásicos

Wilkie Collins

Corazón y ciencia

(Una historia de nuestro tiempo)

Traducción y postfacio de Maite Roig Costa



Primera edición: septiembre de 2011
Segunda edición: abril de 2019

Título original: *Heart and Science* (1883)

© de la traducción y del postfacio, Maitte Roig Costa, 2011
© de la presente edición, Editorial Funambulista, 2019
c/ Flamenco, 26 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-949115-5-2
Depósito Legal: M-13254-2019

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *The Proposal*, Frank Stone (1800-1859)

Impresión y producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Corazón y ciencia

Libro I



Capítulo I

El siglo XIX, viejo y ya cansado, se encaminaba hacia sus últimos veinte años de vida.

Hacia las dos de la tarde, Ovid Vere (del Colegio Real de Médicos), de pie frente a la ventana de su consulta en Londres, miraba hacia la calle, tranquila y polvorienta bajo el sol estival.

Había recibido una advertencia que debe de resultarles familiar a los hombres ajetreados de nuestro tiempo: los síntomas que delatan un estado de alteración nerviosa y que aconsejan reposo tras un exceso de trabajo. Con una próspera carrera ante sí (y a sus escasos treinta y un años de edad), se había visto obligado a pedir a un compañero que se hiciera cargo de su consulta, y a dar a su cerebro, que tanto había fatigado, un descanso que habría de prolongarse durante los meses posteriores. Para el día siguiente tenía previsto embarcarse rumbo al Mediterráneo en el barco de un amigo.

Hombre activo, dedicado en cuerpo y alma a su profesión, no era alguien dotado de la feliz habilidad de saber entregarse al instante a una existencia ociosa. Para Ovid, el mero acto de mirar por la

ventana y preguntarse qué hacer a continuación era más de lo que podía soportar.

Se volvió hacia su mesa de trabajo. Si hubiera estado casado, su mujer le habría recordado que, en las presentes circunstancias, no tenía nada que compartir con la mesa. Pero, ya que se encontraba privado de superintendencia conyugal, se rebeló contra sus propias reglas. Su mano inquieta abrió un cajón y cogió un trabajo de medicina escrito de su puño y letra. «Sin duda —pensó— puedo terminar un capítulo antes de hacerme a la mar mañana».

La cabeza, lo bastante firme mientras miraba por la ventana, comenzó a darle vueltas antes de que hubiera podido terminar una página. Las últimas frases del capítulo inacabado se referían a un asunto práctico que aún no había verificado. Ante emergencias de cualquier tipo, era un hombre paciente y con recursos. Las comprobaciones que precisaba solo requerían una visita al Colegio de Médicos, situado en una gran plaza llamada Lincoln's Inn Fields. Ya tenía una excusa para dar un paseo con una finalidad laboral, que tan solo consistía en una consulta a un decano y en el examen de una muestra. Cerró su manuscrito y se dirigió hacia Lincoln's Inn Fields.

Capítulo II

Cuando se da la casualidad de que dos amigos se encuentran en la calle, ¿acaso vuelven alguna vez a pensar en el pasado, en la sucesión de pequeños acontecimientos que los ha conducido a ambos desde el punto inicial de sus respectivas casas hasta el mismo sitio en el mis-

mo instante? Es probable que ni siquiera un hombre entre diez mil se haya hecho nunca semejante pregunta, y, en consecuencia, ni un hombre entre diez mil habrá descubierto que, a la vez que vivía en plena realidad, estaba también viviendo en plena fantasía.

Desde el momento en que el joven médico cerró la puerta de su casa, empezó a andar a ciegas hacia un futuro paciente todavía desconocido para él. Nunca llegaría al Colegio de Médicos. Nunca embarcaría en el barco de su amigo.

¿Qué obstáculos lo desviarían del rumbo previsto? Tan solo una serie de triviales circunstancias que se cruzan en el camino de un hombre que únicamente ha salido a pasear.

Apenas había alcanzado la calle siguiente cuando la primera de estas circunstancias se le presentó bajo la forma del carruaje de un amigo que se detuvo a su lado. Una cara luminosa y benevolente enmarcada por tupidos cabellos blancos asomó por la ventana, y una voz cordial le preguntó si tenía listos los preparativos para sus largas vacaciones. Tras responder, Ovid hizo, a su vez, una pregunta.

—¿Cómo está nuestro paciente, sir Richard?

—Fuera de peligro.

—¿Y qué dicen ahora los demás doctores?

Sir Richard se rio:

—Dicen que tengo suerte.

—¿Y aún no se lo cree?

—En el fondo, no. ¿Quién ha conseguido alguna vez convencer a un insensato? Hablemos de otro asunto. ¿Está su madre de acuerdo con sus nuevos planes?

—No sé qué decirle. Mi madre se encuentra en un estado de indescriptible agitación. Han encontrado el testamento de su hermano en Italia, y la hija de este podría llegar a Inglaterra en cualquier momento.

—¿Está soltera? —preguntó sir Richard burlonamente.

—No lo sé.

—¿Tiene dinero?

Sir Ovid sonrió, aunque no con alegría.

—¿Cree que mi madre estaría en un estado de indescriptible agitación si no hubiera dinero de por medio?

Sir Richard era una de esas personas mayores y anticuadas que citan a Shakespeare.

—Ah, bueno —dijo—, su madre es como el Kent del *Rey Lear*. Está demasiado vieja como para aprender. ¿Le gustan tanto los encajes como le solían gustar? ¿Y es tan astuta como siempre para los negocios? —Sacó una tarjeta por la ventana del carruaje—. Acabo de ver a una antigua paciente —continuó— con quien mantengo una cordial amistad. Está retirada de los negocios por consejo mío, ¡y me pide a mí, de entre toda la gente del mundo, que la ayude a conseguir deshacerse de algunos «remanentes» maravillosos «cuya venta supondrá una pérdida espantosa»! Mis cordiales saludos a su madre. Ahora tiene un buen negocio para ella. Una última cosa, Ovid. No se apresure a volver al trabajo; tiene mucho tiempo libre por delante. Mire a mi sabio perro, aquí, en el asiento delantero, y aprenda de él a estar ocioso y feliz.

El gran médico tenía otro compañero, aparte del perro; un amigo con quien se había topado en el camino y que había aceptado un asiento en el carruaje.

—¿Quién era este hombre joven y apuesto? —preguntó el amigo mientras se alejaban.

—Es el hijo único de un familiar mío, muerto hace muchos años —respondió sir Richard—. No olvide que lo ha visto.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Está en la flor de la vida y va camino de ser uno de los hombres más sobresalientes de su tiempo; de hecho, casi lo ha logrado. Pese a contar con una fortuna personal, ha trabajado como pocos médicos que tengan que ganarse el pan con su profesión. El dinero le viene de su difunto padre. Su madre se ha casado de nuevo y el

nuevo marido es un tipo viejo, perezoso e inocente, llamado Gallilee. Solo posee una cosa que lo haga atractivo: cincuenta mil libras esterlinas, acumuladas mediante el comercio. Tiene dos hijas más jóvenes, del segundo matrimonio. Con un padrastro como el que le he descrito y, entre nosotros, con una madre que cuenta con unas dosis de celos, envidias, amor por el dinero y otras debilidades mundanas más allá de lo adecuado, mi amigo Ovid no encuentra en la familia distracciones que lo alejen de su escrupulosa actividad profesional. Me dirá que debería casarse. ¡Bien, si consigue una buena mujer será un punto a su favor! Sin embargo, por lo que sé, no es de esa clase de hombres. Frío, más frío con las mujeres que yo; aunque yo soy lo suficiente mayor como para ser su padre. Pero volvamos a sus perspectivas profesionales. ¿Le oyó preguntarme sobre un paciente?

—Sí.

—Muy bien. La muerte llamaba con insistencia a la puerta de ese paciente cuando pedí a Ovid que se reuniera conmigo y con dos colegas más de los que yo discrepaba. Se trataba de uno de esos extraños casos en los que la vieja práctica de la sangría era, a mi parecer, el único tratamiento posible. Nunca le dije que ese era el punto en el cual yo y los otros dos médicos disentíamos; y a petición mía, ellos, a su vez, tampoco dijeron nada. Él se tomó su tiempo para examinar y pensar; y al final vio en el uso de la lanceta la oportunidad de salvar al paciente con tanta claridad como lo había visto yo. ¡Y a mí me avalan cuarenta años de experiencia! Un hombre joven con esa capacidad de descubrir las causas remotas de una enfermedad, y con esa facilidad para superar las trabas de la rutina a la hora de decidir el tratamiento adecuado, no suele tener una carrera médica ordinaria ante sí. Las vacaciones restablecerán su salud en un periquete. No veo nada que lo impida, de momento... ¡Ni siquiera una mujer! Sin embargo —añadió sir Richard con el guiño característico de un hombre de costumbres anticuadas (como lo es citar a Shakespeare)—, sabremos predecir el tiempo con mayor exactitud si unas enaguas

hacen su aparición en el horizonte. De todos modos, un pronóstico lo puedo aventurar: si su madre compra alguno de esos encajes, ¡yo sé quién se llevará la mejor parte!

Las condiciones en las cuales el viejo doctor se había aventurado a asumir el papel de profeta nunca se cumplirían. Ovid recordó que estaba a punto de emprender un largo viaje, y Ovid era un buen hijo. Compró algunos encajes para regalar a su madre cuando fueran a despedirse, y, con toda seguridad, hizo un mal negocio.

Tomó un atajo para volver a la calle de la cual se había desviado para hacer su compra, y esto lo condujo a una callejuela adyacente al mercado de flores y frutas de Covent Garden. Allí se encontró con la segunda de las circunstancias que lo acompañaría en su paseo. Se encontró rodeado por un intolerable y repugnante hedor.

El mercado estaba en la dirección de Lincoln's Fields Inn. Huyó de ese hedor acercándose a los perfumes florales y frutales de Covent Garden, y completó el proceso de desinfección gracias a una cesta de fresas.

¿Por qué una chiquilla pobre y desaliñada, con un gran bebé en brazos, miró la deliciosa fruta con tal avidez que, como hombre de buen corazón que era, no tuvo más opción sino la de regalarle las fresas? ¿Por qué dos niños harapientos, amigos de ella, aparecieron de inmediato después con noticias de una reyerta en una calle vecina e instaron a la chiquilla a que fuera con ellos? ¿Por qué estas dos nuevas circunstancias inspiraron a Ovid el temor de que los dos golfillos trataran de arrebatarle las fresas a la pobre niña, cargada como iba con un bebé casi tan grande como ella? Cuando sufrimos una alteración nerviosa, cualquier suspicacia, por pequeña que sea, nos puede afectar. El hombre sin ocupaciones y de mente fatigada siguió a los protagonistas del drama callejero para ver qué sucedía, olvidando el Colegio de Médicos y encontrando un nuevo motivo de entretenimiento.

Una vez que llegó a la calle vecina, descubrió que la representación de la reyerta había terminado, como otras piezas teatrales más pretenciosas, por falta de un público lo suficientemente entusiasta. Esperó a una distancia prudente mientras observaba a los niños. Su suspicacia lo había llevado a juzgar injustamente. Los niños tan solo dijeron «déjanos probar», y la chiquilla, generosa, recompensó su buena conducta. El reparto equitativo y amistoso de las fresas se llevó a cabo en una esquina tranquila.

Exceptuando el caso del miserable o del millonario, ¿quién hubiera vuelto a sus asuntos en tales circunstancias sin antes verse impulsado a la práctica de las virtudes sociales mediante un donativo de unos cuantos peniques? Ovid no era de ese tipo.

Mientras volvía a colocar en el bolsillo de su pechera la bolsa en la cual solía llevar monedas pequeñas para limosnas, su mano tocó algo que le pareció el sobre de una carta. Lo sacó, lo miró con sorpresa y contrariedad, y una vez más se apartó del camino que lo debería haber llevado a Lincoln's Fields Inn.

El sobre contenía la última receta que había preparado a un paciente. La había escrito en casa, donde había tenido ocasión de consultar la *Pharmacopeia*, y se había prometido enviarla al paciente lo antes posible. Los absorbentes preparativos para salir de Inglaterra la habían relegado al olvido en su bolsillo durante casi dos días. La única manera de enmendar su desafortunado error sin más dilación era entregar la receta personalmente. Al atender un caso de enfermedad, en ese acto de pura penitencia, se rebeló contra sus propias reglas por segunda vez.

El paciente vivía en una casa situada casi frente al Museo Británico. Dirigió sus pasos en dirección al norte.

Tras disculparse debidamente, dio los consejos necesarios y salió de nuevo a la calle, encaminándose otra vez hacia el Colegio de Médicos. Mientras pasaba frente al jardín amurallado del Museo Británico, miró hacia el interior y se detuvo. ¿Qué lo había interrumpido esta

vez? Solo un árbol, el cual agitaba sus brillantes hojas en la ligera brisa estival.

Un cambio notable se produjo en su cara.

Un momento antes, mientras repasaba mentalmente las curiosas interrupciones con que se había topado a lo largo de su paseo, se había estado preguntando con humor qué pasaría a continuación. Dos mujeres con quienes se había cruzado, al ver la sonrisa dibujada en sus labios, se habían dicho la una a la otra: «Este es un hombre feliz». Si se hubieran encontrado con él después habrían tenido que cambiar de opinión. Habrían visto a un hombre pensando en algo que una vez le fue querido, perdido en un pasado lejano pero difícil de olvidar.

Cruzó la calzada hacia una callejuela que daba al jardín. Cabizbajo, se movía como un autómatas. Cuando llegó a la callejuela, levantó los ojos y se detuvo a contemplar de más cerca el árbol.

En su niñez, a cientos de millas de Londres, bajo otro árbol de la misma familia, este hombre, tan frío con las mujeres en su vida posterior, había conocido el amor infantil junto a una prima, joven y dulce, que se contaba entre los muertos desde hacía mucho tiempo. El presente, con sus intereses y sus inquietudes, se esfumó como se esfuma un sueño. Poco a poco, mientras los minutos se sucedían, su corazón dolorido sentía una influencia reparadora, que parecía emanar misteriosamente del movimiento de las hojas. Abstraído todavía del mundo exterior, vagó lentamente remontando la calle; revivía las viejas escenas dándole vueltas a los viejos pensamientos, pero ahora ya sin dolor.

¿Dónde, en todo Londres, se habría podido encontrar una soledad más adecuada para alguien que sueña despierto?

El amplio distrito, que se prolonga hacia el norte y hacia el este del Museo Británico, es como el barrio tranquilo de una ciudad de provincias, aunque situado en el corazón febril y bullicioso de una de las urbes más grandes del mundo. Aquí uno puede atravesar la

calle sin poner ni su vida ni ninguna de sus extremidades en peligro. Aquí, en los ratos libres, se puede pasear y observar sin chocar con viandantes despiadados cuyo tiempo es dinero, y cuyo destino son los negocios. Aquí los gatos dormitan tranquilos en las aceras, a la luz deslumbrante del mediodía, y se puede observar, a través de las verjas de las plazas, a los niños jugando en una hierba que brilla casi con el lustre de los Sussex Downs. Semejante retiro se halla fuera de las rutas de los negocios y de la moda, y, aun así, está al alcance de los dos. Ovid se detuvo en una plaza amplia y silenciosa. Si su pequeña prima hubiera estado viva, quizás podría haber contemplado el juego de sus propios hijos en algún lugar tan retirado como ese.

Los pájaros estaban cantando alegremente en los árboles. El chico de los recados de un comerciante, que entregaba su pedido de pescado a un cocinero, y dos chicas que regaban flores en una ventana eran las únicas criaturas vivas que tenía cerca cuando salió de su ensimismamiento y miró a su alrededor.

¿Dónde quedaba el Colegio de Médicos? ¿Dónde estaban el decano y la muestra? Estas preguntas no iban acompañadas de ningún sentimiento de ansiedad o sorpresa. Se volvió, como si estuviera medio despierto, sin un deseo o un propósito concreto, y miró hacia atrás con apatía.

Dos paseantes vestidas de luto se aproximaban con rapidez hacia él. Al hacerlo, notó que una de ellas era una mujer de cierta edad. La otra era una muchacha.

Se apartó para cederles el paso. Ellas lo miraron con la tibia curiosidad de unos desconocidos, a medida que se alejaban. Los ojos de la muchacha se encontraron con los suyos. La mirada solo duró un instante, pero su poder lo atraparía para siempre.

Se alejó con prontitud, tan poco impresionada por el casual encuentro como la anciana que la acompañaba. Sin pararse a reflexionar, sin siquiera ser capaz de pensar, Ovid las siguió. Jamás en la vida había hecho lo que estaba haciendo en ese momento,

estaba literalmente irreconocible. Veía a las dos mujeres ante él, y nada más.

A la altura del centro de la plaza, las dos mujeres se desviaron por una calle a su izquierda. En ella había una sala de conciertos abierta para el espectáculo de la tarde. Entraron en el vestíbulo. Aún sin darse cuenta de lo que hacía, Ovid las siguió.

Capítulo III

Una habitación de tamaño magnífico, amueblada con todos los lujos convencionales que el dinero es capaz de comprar, profusamente surtida de revistas y libros de consulta, iluminada por altos ventanales durante el día y por suntuosas lámparas durante la noche, puede ser, sin embargo, uno de los lugares de descanso y recogimiento más monótonos que se puedan encontrar en el mundo civilizado. Tales lugares existen, y a centenares, en esos hoteles de pretensiones y proporciones monstruosas que hoy en día engullen al viajero que va a parar a un puerto o a una estación. Puede que nos sintamos extranjeros entre extranjeros, puede que haya algo innatamente repulsivo en esas espléndidas alfombras y cortinas, sillas y mesas, privadas de todo vínculo afectivo con sus usuarios; puede que la mente pierda su elasticidad en la cohibición de un diálogo cordial, que se expresa en tono bajo y con instintiva desconfianza hacia nuestro vecino más próximo; pero una cosa es segura: las más saludables emanaciones de la vida no consiguen filtrarse en esos salones públicos de los grandes hoteles, y perecen antes de llegar al exhausto viajero.

El mismo día, y casi a la misma hora, mientras Ovid salía de su casa, dos mujeres se hallaban sentadas en un rincón del salón público de uno de los más grandes hoteles construidos en los últimos tiempos cerca de la estación en Londres.

Sin saberlo, eran objeto de la curiosidad de sus compañeros de viaje. Se comunicaban en un idioma extranjero. Iban vestidas de severo luto, ajenas a la moda y con una simplicidad que atraía la atención de todas las demás mujeres del salón. Una de ellas llevaba un velo negro sobre su cabello gris. Sus manos eran morenas, rugosas en las articulaciones; sus ojos tenían un brillo que no parecía natural para su edad. Innumerables arrugas cruzaban su delgada cara en todas las direcciones. Y su nariz aguileña (como una de las damas presentes se tomó la molestia de destacar) era tan desastrosamente parecida a la del gran duque de Wellington que, en el rostro de una mujer, resultaba desagradable.

El vecino de la dama, al ser un hombre, la examinaba con algo más de clemencia.

—Ella no puede evitar ser fea —susurró—, pero fijate en cómo observa a la muchacha que tiene a su lado. Si alguna vez hubo una criatura vieja y bondadosa, debe ser esta.

La mujer lo miró como solo una mujer celosa puede mirar a su marido; el hombre volvió a susurrar:

—¡Está claro que te has enamorado de esa jovencuela!

Era una jovencuela, y tampoco demasiado alta. A sus diecisiete años, era poco probable que alcanzara una estatura superior.

Pero incluso una muchacha muy delgada, que no llega ni a medir como la Venus de Médici, puede poseer atractivos personales. No era evidente, en este caso, que los atractivos fueran tan notables como para suscitar la admiración general. El tono lozano y las mejillas rollizas y saludables, la amplia sonrisa, los dientes uniformes, la boca bien formada y el busto prometedor que forman en conjunto el tipo medio de belleza propia de las doncellas del más puro estilo

inglés no se encontraban entre los notables encantos de la pequeña criatura de riguroso luto que se encogía en una esquina del gran salón. El rubor de su tez era tan escaso que era algo de lo que no podía presumir. Su pelo era de un castaño tan claro que apenas llegaba a rubio; pero tenía el dudoso mérito de no haber sido peinado hacia las cejas, ni retorcido formando esos horribles rizos que representan, en las cabezas de las mujeres de hoy en día, un ejemplo de generosa fealdad. Había una delicadeza en el acabado de sus rasgos, en especial en la nariz y en los labios, una sensible vivacidad en la expresión de sus ojos (demasiado oscuros como para armonizar con su cabello claro) y un sencillo y sutil hechizo en su esporádica sonrisa que compensaban en cierto grado la escasez de definición en la cara y en una silueta más rotunda. Los hombres podrían debatir sobre el grado de su belleza, y, sin embargo, nadie hubiera puesto en duda que era, como suele decirse, una persona interesante. Gracia y refinamiento, una rapidez de captación y una vivacidad en los movimientos que sugerían un origen extranjero, una predisposición infantil a maravillarse ante lo desconocido, y quizás (bajo circunstancias más favorables) un infantil afecto hacia las personas a las que amaba, eran atractivos característicos de la modesta extranjera que se hallaba bajo la custodia de la fea anciana, y que era objeto de notable devoción por parte de su arrugada acompañante.

Un escritorio portátil permanecía abierto en una mesa cercana a ellas. En un intervalo de silencio la muchacha lo observó recelosa. Habían estado hablando de asuntos familiares, y lo habían hecho en italiano, para proteger sus confidencias privadas de los oídos que las rodeaban. La anciana fue la primera en retomar la conversación.

—Carmina mía, realmente deberías escribir la carta —dijo—; la ilustre señora Gallilee está esperando noticias de tu llegada a Londres.

Carmina cogió la pluma, pero, enseguida, la volvió a dejar con un suspiro.

—Llegamos anoche... —suplicó—. Teresa, querida, ¡tengamos un día en Londres para nosotras solas!

Teresa recibió la propuesta con franco asombro y alarma.

—¡Santo cielo! Un día en Londres... ¡Y mientras tanto tu tía esperándote! Por poderes, será tu segunda madre, querida; y su casa es tu nuevo hogar. Y propones quedarte todo el día en un hotel, en lugar de ir a su casa. ¡Imposible! Escribe, Carmina mía, escribe. Mira, aquí está la dirección en un sobre: «Fairfield Gardens». ¡Qué hermoso lugar debe de ser para vivir, con un nombre como ese! Y, además, ha de ser una dulce dama, sin duda. ¡Vamos, vamos!

Pero Carmina continuaba resistiéndose.

—Ni siquiera he visto nunca a mi tía —dijo—. Es horrible que tenga que pasar el resto de mi vida con una desconocida. Recuerda que solo era una niña cuando tú llegaste tras la muerte de mi madre. Hace apenas seis meses que perdí a mi padre. Solo te tengo a ti y, cuando vaya a este nuevo hogar, me dejarás. Solo pido un día más para estar juntas, antes de separarnos.

La desdichada anciana se echó hacia atrás y ocultó su rostro detrás de una cortina. Empezó a llorar en la sombra. Carmina tomó su mano bajo el mantel de la mesa; sabía cómo consolarla.

—Vamos a visitar monumentos —susurró—, y, a la hora del almuerzo, tendrás una copa de vino de Oporto.

Teresa miró a su alrededor y salió de la sombra, reconfortada con la prestancia de un niño.

—¡Monumentos! —exclamó, y se secó las lágrimas—. ¡Vino de Oporto! —repitió. Y pegó sus labios estropeados a las gozosas palabras—. Ah, mi niña, no has olvidado los momentos reconfortantes de mi juventud, cuando vivía en Londres, que te confesé. Cuando pienso en ti, con un padre inglés, ¡y no haber estado nunca en Londres hasta ahora! Solía ir a museos y conciertos a veces, cuando mi señora inglesa estaba satisfecha conmigo. Esa gentil dama a menudo me daba un vaso del mejor vino tinto. ¡Que la

santa Virgen haga que la tía Gallilee sea una dama tan amable como ella! Un cabello como el de ella no se puede esperar que lo tenga. Era un placer peinarlo. ¿Piensas que no me quedaría aquí en Inglaterra, contigo, si pudiera? ¿Qué pasaría con mi marido en Italia, viejo y con su maldita asma, si no hubiera nadie que lo cuidara? ¡Oh! ¡Aquellos años grises de Londres! Las calles negras e interminables, los terribles domingos, los cientos de miles de personas siempre con prisa. ¡Siempre con sus lúgubres rostros absortos en los negocios, negocios, negocios! Entonces estaba encantada de volver a Italia y casarme. Y aquí me tienes, de nuevo en Londres, después de Dios sabe cuántos años... No importa, hoy vamos a divertirnos. Cuando mañana vayamos a casa de la señora Gallilee, diremos una mentira piadosa, diremos que acabamos de llegar esa misma tarde.

La dama de compañía se regocijó de tal manera ante la perspectiva de esa pequeña mentira que se reclinó en la silla y se echó a reír. La esporádica sonrisa de Carmina también asomó con timidez. Aún le oprimía terriblemente pensar en el primer encuentro con la desconocida tía. En su desesperación cogió un periódico.

—¡Oh, querida! —dijo—, salgamos de esta horrible habitación y busquemos algo de Italia.

Teresa hizo un gesto de desconcierto con sus feas manos.

—¿Buscar algo de Italia... en Londres?

—¿Es que no hay música italiana en Londres? —sugirió Carmina.

Los brillantes ojos de la dama de compañía respondieron por sí mismos. Cogió el periódico más cercano.

Era la temporada de conciertos en Londres. Los conciertos matinales se anunciaban en columnas. Mientras leía los anuncios de las programaciones, Carmina los encontró, con el máximo respeto, todos iguales. Ante ellos, un extranjero ignorante se habría preguntado si los compositores italianos, franceses o ingleses habían existido

alguna vez. La música que se ofrecía al público inglés era exclusivamente de origen alemán (y en su mayoría de reciente creación en Alemania). Carmina sostenía la opinión, que compartía con Mozart y Rossini, además de con otra gente, de que la música sin melodía no es música en absoluto. Volvió a dejar de lado el periódico.

Una vez abandonado el plan de ir a un concierto, se les ocurrió la idea de ir a ver cuadros. Teresa se acercó, en busca de información, a una gran mesa situada en el centro del salón, en la que libros de diversa utilidad estaban dispuestos en desorden. Volvió con un catálogo de la exposición de la Royal Academy (que alguien había dejado sobre la mesa) y con el libro mejor documentado del mundo, a pequeña escala, y que llevaba en la portada el sencillo nombre de «Almanaque».

Carmina abrió el catálogo por la primera página y descubrió una lista de artistas que había en la Royal Academy. ¿Eran todos esos caballeros pintores célebres? De casi cuarenta nombres, solo tres eran conocidos fuera de los límites de Inglaterra. Fue a la última página. Las obras de arte expuestas eran más de mil quinientas. Teresa, que miraba por encima de su hombro, se fijó en el mismo detalle:

—Nos dolerán la cabeza y los pies —observó— antes de que podamos salir de ese sitio.

Carmina dejó el catálogo a un lado.

Teresa abrió el Almanaque al azar y dio con la página dedicada a entretenimientos. Su siguiente descubrimiento la llevó a la página de los museos. Señaló esta página con la uña del pulgar, y leyó la lista en un inglés fluido aunque mal pronunciado.

¿El Museo Británico? Teresa recordó claramente solo una característica de aquel magnífico edificio y meneó la cabeza.

—¡Allí solo tendremos más dolor de cabeza y de pies!

Bethnal Green; Museo de la India; Colegio de Médicos; Geología Aplicada; South Kensington; Museo de Patentes: todos eran desconocidos para Teresa.

—¡Que todos los santos nos ayuden! ¡Qué dolor de cabeza y de pies tendremos en todos ellos, si son tan grandes como ese otro!

Continuó con la lista, y asombraba a todo el mundo del salón con sus repentinas palmadas. Museo de Sir John Soane, Lincoln's Inn Fields.

—¡Ah, ese sí que lo recuerdo! Un museo pequeño y agradable en una casa particular, con toda clase de cosas bonitas para ver. ¡Querida, haz caso a tu vieja Teresa y vayamos a Soane!

Diez minutos después estaban vestidas y en las escaleras del hotel. La brillante luz del sol y la suave brisa invitaban al paseo. Esa misma tarde, mientras Ovid dirigía sus pasos hacia Lincoln's Inn Fields, Carmina y Teresa se encaminaban también hacia allí. Una serie de imprevistos insignificantes habían mantenido al hombre alejado del Colegio de Médicos. ¿Mantendrían también a las mujeres alejadas del museo?

Cruzaron por el Strand y entraron por una calle que continuaba más allá de sus límites, hacia el norte. El orgullo de Teresa, por no dejar en evidencia su memoria, le impedía preguntar el camino. La conversación, que primero giraba en torno a Italia y al recuerdo de la madre italiana de Carmina, derivó hacia el tema que les causaba más inquietud: la señora Gallilee. La visión esperanzada de Teresa hacia el futuro se centró en las primas, y dibujó la estampa de dos pequeñas encantadoras que esperaban con ansiedad mostrar su afecto a la joven pariente de Italia.

—¿Solo son dos? —dijo—. Estaba convencida de que me dijiste que había un chico, además de las niñas...

Carmina le dio la razón.

—Mi primo Ovid es un gran doctor —continuó, dándose aires de importancia—. Mi pobre padre solía decir que nuestra familia tendría razones para estar orgullosa de él.

—¿Vive en la casa? —preguntó Teresa con ingenuidad.

—¡Oh, no, querida! Tiene una gran casa de su propiedad. Cientos de enfermos van allí para que los cure, y pagan cientos de guineas de oro.

Cientos de guineas de oro ganadas solo por curar enfermos significaba para la mentalidad de Teresa algo parecido a un milagro: elevó sus ojos al cielo con solemnidad.

—¡Vaya un primo! ¿Es joven? ¿Es atractivo? ¿Está casado?

En lugar de responder a esas preguntas, Carmina miró por encima de su hombro.

—¿Estará siguiéndonos esta pobre criatura? —preguntó.

Habían girado a la derecha y entraban en una calle concurrida que daba directamente a Covent Garden. La «criatura», que claramente las estaba siguiendo, era uno de los muchos perros hambrientos y vagabundos de Londres. De vez en cuando, la naturaleza afectiva de su raza conduce a estos vagabundos empedernidos a encariñarse, por un tiempo, con alguna compañía humana, que su misterioso instinto elige entre la multitud. Teresa, con el frío resentimiento hacia los animales, que es uno de los defectos graves del carácter italiano, gritó:

—¡Ah, vaya bestia sarnosa!

Y alzó su paraguas. El perro retrocedió, esperó un instante y las siguió de nuevo en cuanto reanudaron la marcha.

El corazón generoso de Carmina sintió compasión por aquella criatura perdida y hambrienta.

—Tengo que comprar algo de comer a este pobre perro —dijo.

Y se detuvo de repente ante la idea.

El perro estaba acostumbrado a patadas y maldiciones, pero no a gestos bondadosos. La seguía de cerca y, cuando ella se detuvo, salió disparado y aterrorizado hacia la carretera. Una carroza iba velozmente por ella en aquel instante. Una de las ruedas pasó sobre el cuello del perro. Y este fue el final, como observó un hombre que había presenciado la escena, de las tribulaciones de un perro sin raza.

Este pequeño accidente conmocionó y horrorizó la naturaleza sensible de la muchacha. Impotente y estupefacta, temblaba de forma conmovedora. Justo al lado, había una tienda de música abierta donde solicitar ayuda. Teresa la condujo hacia su interior y pidió una silla y un vaso de agua. El propietario, que sintió ese tipo de interés que normalmente Carmina inspiraba en los desconocidos, le ofreció un vaso de vino. Prefirió agua y pronto se recuperó, lo suficiente como para levantarse de la silla.

—¿Podría cambiar de opinión en lo referente a la visita al museo? —dijo a su compañera—. Después de lo que ha pasado, no me siento en condiciones de apreciar curiosidades.

Teresa, rápida y comprensiva, trató de encontrar alguna alternativa razonable.

—Sería mejor algo de música, ¿verdad? —sugirió.

El local que se hacía llamar Ópera Italiana estaba abierto aquella noche, como anunciaba un cartel en la tienda. Ambas lo observaron. Pero la suerte seguía en su contra. Una ópera alemana aparecía en el folleto. Carmina se giró hacia el vendedor con desesperación.

—Señor, ¿no es posible oír, en todo Londres, música que no sea alemana? —preguntó.

El hospitalario tendero les mostró un concierto programado para esa misma tarde: la modesta iniciativa de un sencillo profesor de piano, que solo aspiraba a ser dirigida a alumnos, mecenas y amigos. ¿Qué música prometía? Entre otras, música de *Lucia*, de *Norma* y de *Ernani*. Teresa hizo una nueva señal de aprobación con la uña del pulgar y Carmina compró las entradas.

El vendedor de la tienda de música se precipitó hacia la puerta para tratar de detener la primera carroza vacía que pasara. Carmina demostró un conocimiento deplorable de las leyes de la probabilidad. Se acobardaba ante la mera idea de meterse en una carroza.

—Podríamos atropellar a otra pobre criatura —dijo—; si no es un perro, la próxima vez podría ser un niño.

Teresa y el vendedor sugirieron un punto de vista más razonable, de la manera más convincente que pudieron. Carmina aceptaba humildemente las llamadas al sentido común que se le hacían, pero, pese a todo, no cedía.

—Sé que me equivoqué —confesó—. Pero no me obliguen a hacerlo. ¡No puedo!

En este instante se completaba el extraño paralelismo. Rumbo al mismo destino, Carmina y Ovid habían fracasado en alcanzarlo, de manera parecida. Y Carmina se había detenido a contemplar el jardín del Museo Británico antes de adelantar a Ovid en aquella tranquila plaza.

Capítulo IV

Si Ovid se hubiera fijado en los carteles, a la entrada del vestíbulo, se habría encontrado con una coincidencia. La persona que daba el concierto era la misma que enseñaba música a sus hermanastras. No hacía muchos días, él mismo había colaborado con el proyecto comprando una entrada a petición de su madre. Sin ver nada, sin recordar nada, acuciado por el miedo a perder de vista a las dos extranjeras si el público era muy numeroso, pagó impaciente otra entrada en la puerta.

La habitación estaba medio vacía, pero tan poco ventilada que la atmósfera era opresiva incluso en tales circunstancias. Descubrió sin dificultad las dos butacas centrales, en la fila del medio, que la joven y su acompañante habían elegido. Había una butaca